

El gaviero loco de Ultramar

Eduardo García Aguilar

La irrupción de Álvaro Mutis en el panorama literario colombiano sucedió en medio de una violenta ruptura histórica, tan significativa, que hasta su primer volumen, *La balanza*, desapareció incinerado en el «bogotazo» del 9 de abril de 1948, tras el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán. El viejo país civilista, gobernado por latinistas y versificadores de alejandrinos, dio entonces un giro hacia la sangrienta espiral que aún no cesa. De un día para otro la Bogotá de tranvías y hombres recatados vestidos de negro con sombreros Stetson, paraguas y zapatos de charol, quedó en cenizas, e incluso los jugadores de billar donde Mutis arruinó su bachillerato fueron borrados del mapa.

¿Quién era ese joven poeta que escandalizaba con sus diatribas en contra del modernista Guillermo Valencia, afirmaba tener como *hobby* el asesinato y pasaba el día frente a micrófonos de emisoras capitalinas leyendo cables sobre la guerra como si estuviera transmitiendo desde el frente? Nacido el 25 de agosto de 1923, Mutis pasó la mayor parte de su infancia en Bruselas como lo atestiguan las fotos donde se le ve vestido de marinero, en pantalón corto, al lado de su padre el diplomático Santiago Mutis Dávila, París, Amberes, Le Havre, Hamburgo, Brujas, el Rin, el Sena, los transatlánticos de la American Line y los puertos fríos del Norte fueron algunas de esas primeras impresiones imborrables que, aunadas al largo viaje por mar y la llegada a los malsanos puertos del trópico americano, como Colón o Buenaventura, conformarían el extraño cosmos de su obra literaria.

A un lado el esplendor europeo de entreguerras, con sus viajeros tipo Paul Morand y Valery Larbaud, sus iglesias románicas o góticas, las tumbas merovingias, los automóviles de generosas formas redondas, las chicas de pelo corto y sombreros *art-déco* y la música arrabalera de Fréhel y Damia, y más allá, en ultramar, la canícula, los estuarios infestados de mosquitos, los cargadores sifilíticos y las putas tristes con sus carnes flácidas marcadas por el salitre y la fogosidad insaciable de los hombres de mar. Si se considera que la verdadera literatura es una intensa exploración desesperanzada de la infancia perdida, de sus imágenes borrosas y sus olores idos, no queda duda alguna de que el imaginario de Álvaro Mutis, encarnado en su

genial arquetipo Maqroll, surge de esa contraposición iniciática atestigüada por el niño: el esplendor del viejo mundo antes de la guerra y la deliciosa usura de la carne en los lejanos trópicos desolados de Ultramar.

De regreso a Bogotá, a causa de la muerte de su padre y los vientos bélicos en Europa, el adolescente Mutis tratará de conjurar la desazón del exilio y el fin de su infancia a través de textos donde su *alter ego* convocatorio enumerará las modalidades del «fin ineluctable», con su cauda de carne mortecina devorada por el sexo y el cáncer, amores perdidos en cuartuchos tristes de hotel y luchas sin sentido por sobrevivir en puertos y ciudades entre tráficos innombrables, de donde sólo se salvan la amistad y el deseo.

¿Qué hacer en esa Bogotá provinciana y fría, alejado del reino? Primero dejar el bachillerato y los estudios que lo hubieran vuelto un típico prohombre de la clase política colombiana y lanzarse a la aventura de la poesía y la vida, a través de innumerables trabajos en compañías de aviación y multinacionales petroleras que lo llevaron a todos los rincones del país en siniestros planchones untados de aceite, hacia poblaciones de tierra caliente donde la noche llegaba con su música en bares de mala muerte junto a mujeres de amplios escotes y cuchillo en ligero, y transgresores de la ley que jugaron su vida o su corazón al azar y siempre se los ganó la violencia.

Hombre atípico, informal, irreverente, desinhibido, con su vozarrón levantino, amigo de sus amigos, Mutis no sólo dejó a un lado el estilo ladino y temeroso de los hombres de la altiplanicie cundiboyacense, sino que brincó en su poesía hacia zonas jamás exploradas hasta entonces en el país. Y eso fue lo más importante. Reinaban en Colombia, por un lado *Piedra y Cielo*, grupo de poetas, algunos de ellos franquistas, que trataban de imitar a Juan Ramón Jiménez y cuando reinaba en otras partes el surrealismo y, por otro lado, el discurso grandilocuente y retórico de la mortecina clase política del país, con sus latinajos de regla y su pomposidad de bombín y corbatín. Como antes había ocurrido a fines de los años 30 y en los 40 en México con Octavio Paz, Luis Cardoza y Aragón trajo aires nuevos desde la Europa de entreguerras a esa helada ciudad de los Andes y contribuyó a abrir ventanas entre jóvenes como Mutis y Fernando Charry Lara, entre otros renovadores que acudían a la legación guatemalteca a compartir con él y su joven pareja Lya Kostakowsky. Asimismo, actuaba en esos años de ruptura el entusiasmo de Jorge Zalamea, viajero de izquierdas que recorrió el mundo y cuyo *Gran Burundún Burundá ha muerto* y su exploración de la poesía de todas las coordenadas y edades dejó huellas indelebles y bien reconocibles en el creador del Gaviero y en su amigo Gabriel García Márquez.

Para 1953, cuando publicó *Los elementos del desastre* en la prestigiosa editorial Losada de Buenos Aires, Mutis ya había concebido su extraño

mundo poético: un verso neotelúrico cargado de vida y muerte, mar y montaña, lluvia y sequía, donde «la carne llora», como dijo el gran crítico Ernesto Volkening. Con Mutis se dijo adiós al verso de mármol del modernista Valencia y al sacristanesco mundo de *Piedra y cielo*. Desde su primer poema «Tres imágenes» (1947) –no por casualidad dedicado a Luis Cardoza y Aragón– y en creaciones como «204», «Hastío de los peces», «Oración de Maqroll», «Una palabra», «El miedo» y «Nocturno», se concretó el mundo al que sería fiel desde entonces hasta la culminación de su saga narrativa, reunida bajo el título de *Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero*. Un mundo que se hermana con el Pablo Neruda de *Residencia en la tierra*, el orbe amatorio de Enrique Molina en Argentina y la fascinación tropical de Vicente Gerbasi en Venezuela, para mencionar sólo algunos de los autores latinoamericanos que a mediados de siglo abrieron camino por el lado de cierto neotelurismo tropical, cargado de desesperanza y usura sexual, un vitalismo marino y desesperanzado que se escapó de las cárceles anteriores para volar hacia el mundo y dialogar con los viajeros de Melville, Stevenson, Conrad y Cendrars, los aventureros de Morand, los descreídos de Céline y los emprendedores activos de Malraux. Es un mundo poblado por enfermedad, desesperanza, muerte, cárcel, ilegalidad, desolación, carroña, exilio, corrupción, deseo, carne, violencia, vida. Un mundo que explora el extraño milagro del hombre envuelto por el remolino inútil de la vida, en empresas sin ton ni son que los mueven a sus miserias y deslealtades, a sus miedos y osadías, a su nada final y perpetua.

Desde entonces, la fidelidad de Mutis a sus obsesiones fue total y mientras en los años 60 y 70 la literatura latinoamericana, engolosinada por la revolución cubana, era conquistada por los grandes del *boom*, y se hundía en ingenuos nacionalismos autoglorificadores, esta voz se convirtió en palabra de culto entre reducidos lectores que vieron en Maqroll al arquetipo cosmopolita, descreído y necesario para soportar el paso largo y sediento por la vida. Los europeos estaban fascinados con ese mundo de loros, cocodrilos y personajes típicos agenciados por la novela del *boom* como expresiones de un colorido mundo animista y primitivo de maravillosa superficialidad. ¿Para qué leer en esos tiempos de euforia a un colombiano amante de la literatura francesa, que vivía inmerso en su mundo de reyes y monarcas de tiempos idos, lamentaba la caída de Bizancio en 1453, nunca había votado, se declaraba reaccionario y no firmaba declaraciones progresistas?

Sin embargo, en esos años de euforia revolucionaria, Mutis siguió con su poesía y publicó el espléndido poemario *Reseña de los hospitales de ultramar*, que incluye textos conmovedores como el extraordinario «Moirología», tal vez uno de los poemas claves de su obra. Al mismo tiempo publi-

có su estremecedor *Diario de Lecumberri* y la gótica y tropical *Mansión de Araucaíma*, surgida esta última de un fructífero intercambio con el gran surrealista Buñuel. En tales ficciones y en los poemas con los que hizo ya su primera *Summa de Maqroll el Gaviero* (1947-1970), publicada en 1972 en la colección *Insulae poetarum* de Barral Editores, Mutis descargó nuevas experiencias como la prisión en el Palacio de Lecumberri a fines de los años 50, donde vivió en carne propia la caída maqrolliana prevista en los textos de primera juventud. Siempre dentro de esa desolada palpitación telúrica y figurativa, en esos poemas nos comunicó a los lectores jóvenes de la terrible Bogotá de los 70 un mundo cerrado y abierto, con sus leyes y vías, sus salidas y trampas, sus calles secretas y babélicas: más que una poesía de artificios, nos enfrentó a una especie de iniciación. Mutis nunca lo dudó: la literatura, la verdadera literatura, es un proceso de exploración, revelación e iniciación en quien narra o canta y por ende será también un proceso de revelación e iniciación en el lector. Ni creador ni lector, como profeta e iniciado, serán idénticos después de enfrentarse a la palabra. Escribir o leer no valen la pena si no conducen a tales iluminaciones o revelaciones. En esos poemas narrativos, figurativos, volvíamos a los viejos zocos milenarios, a las guerras de hace 2.000 años, a los reyes caídos, a los soldados empalados o enceguecidos, a los viajeros de Homero y de Virgilio, el esplendor y la caída de los hombres, a la cierta condena de la enfermedad y la muerte. Y por esa razón, entre los jóvenes colombianos infectados por la poesía en los años 70, Mutis se convirtió en autor de culto, de la misma manera que ahora se convirtió en autor de culto para cientos de miles de lectores franceses, ganados por el estupor de descubrir un cómplice entre la literatura latinoamericana, hasta entonces embebida en el artificio o el folclor.

Tuvo Mutis que emprender la aventura de la prosa para ganar esos espacios de los que estuvo ausente durante el reino del *boom*. De repente, cuando aún trabajaba en la calle Darwin para la Columbia Pictures, empezaron a salir una tras otra las novelas donde Maqroll andaba a sus anchas: *La nieve del almirante*, con su extraña búsqueda de lo inefable entre aserraderos perdidos; *Ilona llega con la lluvia*, homenaje al amor y la amistad a través de un aventurero triángulo; *Un bel morir*, con sus amores de mariposas en el diafragma; *La última escala del Tramp Steamer*, verdadera joya narrativa, y la minera y desolada historia de pasión carnal descrita en *Amirbar*, entre otras ficciones. Estas nuevas creaciones surgidas en la década de los 80 constituyeron un baño refrescante para la narrativa latinoamericana, porque renovaron de manera directa los lazos con la poesía y la alejaron del utilitarismo bobalicón del *plot*. Pero tal vez la lección más importante de esta aventura tan reciente, fue comunicar a los lectores amantes de la ver-

dadera literatura que el reino de las cajas registradoras y el *marketing* literario no había triunfado del todo. Mientras decenas de nuevos narradores se convertían en empleadillos sin sueldo de las editoriales y fabricaban a destajo novelas con clímax y desenlace, según fórmulas de cartilla, Mutis escribía con la pasión adolescente de quien escribe para nada y para nadie, rodeado de sus tantos jóvenes amigos de México y Colombia. Esa rebeldía suya de no renunciar al niño y al adolescente que lleva dentro fluyó en las ficciones, insuflándoles aires de fronda literaria.

Ahora, cuando por fin la España de su ancestro el gaditano José Celestino Mutis y su novia la Infanta Catalina Micaela se abre a su literatura, el Gaviero loco –amado por Ilona, Amparo María, las hermanas Vacaresco, Antonia, Flor Estévez, y tantas otras cómplices–, emprenderá un nuevo negocio condenado al fracaso en algún puerto de ultramar, y aunque sabe que no hay salvación alguna, no renunciará jamás al goce de sus absurdas empresas y tribulaciones.

